



Comentario bibliográfico

Eduardo Grüner, *Frantz Fanon. La violencia de la tierra* (Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2025).

Bryam Herrera Jurado

Instituto de Investigaciones Gino Germani - Universidad de Buenos Aires
bherrera@sociales.uba.ar

Fecha de recepción: 07/11/2025
Fecha de aprobación: 21/04/2026

Eduardo Grüner es sociólogo, ensayista y crítico cultural, Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y Profesor Consulto de la misma institución. Ha publicado numerosas obras; entre ellas destacan *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución* (2010), sobre la Revolución de Haití, y *Lo sólido en el aire. El eterno retorno de la crítica marxista* (2021), una cuidada antología de su obra. El libro aquí reseñado, *Frantz Fanon. La violencia en la tierra* (2025), es su publicación más reciente.

La obra inicia recordando *La battaglia di Algeri* (1966) de Gillo Pontecorvo, la película sobre el enfrentamiento entre los colonizadores franceses y los guerrilleros argelinos que condujo a la independencia de la nación en 1962. A fines de la década de 1960, Grüner fue a ver la película a un cine de Buenos Aires y cuenta que, al salir, escuchó a un representante de la izquierda afirmando que tal era el ejemplo que se debía seguir en nuestro país. Independientemente de las diferencias

que pudieran tener Argentina y Argelia, reflexiona el autor, en ese entonces la posibilidad de imitar la experiencia que retrata dicha película se consideraba algo lejano, pero deseable y no imposible.

Esta postura, que apostaba a la guerrilla rural y urbana como una forma de acelerar el cambio social, contó con la adhesión de distintos segmentos de la izquierda local y tuvo consecuencias concretas en nuestro país, desde el temprano Ejército Guerrillero del Pueblo, que entró por Bolivia a Salta bajo la dirección de Jorge Masseti en 1962, hasta la tardía Contraofensiva de Montoneros en 1979 y 1980. Y también causó repercusiones dentro de las ciencias sociales: el antropólogo Hugo Ratier, por ejemplo, finalizó su estudio pionero sobre las “villas miseria” de 1971 citando a Fanon y afirmando que debía seguirse el ejemplo argelino¹.

Posteriormente la violencia revolucionaria fue perdiendo lugar como problema de estudio dentro de la universidad, algo que debe entenderse en el marco de cambios históricos, políticos y sociales más generales. Grüner observa que en Argentina este proceso tuvo lugar principalmente a partir de la década de 1980, época en la que, en consonancia con la transición democrática que atravesaba nuestro país, comenzaron a desarrollarse diversos campos de estudios sobre cuestiones como los derechos humanos y la calidad democrática. En paralelo, las investigaciones acerca de temáticas relativas a la violencia revolucionaria y la lucha de clases, interrumpidas atroz y súbitamente durante la última dictadura argentina por el terrorismo de Estado, tendieron a quedar en los márgenes de los debates tanto de la academia como de las agrupaciones políticas de izquierda.

Más recientemente, sin embargo, la obra del autor martiniqués ha vuelto a llamar la atención de los eventos académicos y los programas de estudios; sólo que ahora, a diferencia de hace décadas, las lecturas de su obra son por completo distintas, tanto en lo que refiere a los marcos teóricos que la abordan como a las problemáticas que tratan. El libro de Grüner, en este sentido, sostiene que esta canonización tardía tiende a neutralizar el carácter radical del pensamiento de Fanon, proponiéndose recuperar dicha radicalidad a través de una lectura que vuelve a situar a la violencia revolucionaria en el corazón de su obra. Estas consideraciones se encuentran en la in-

1 Hugo Ratier, *Villeros y villas miseria* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985), 97.

troducción y en el primer capítulo del libro, titulado “Algo huele a podrido en *College*”, a los que siguen otros tres capítulos y una “Pequeña (in)conclusión”.

El segundo capítulo explora el vínculo entre la obra de Fanon y la de Jean-Paul Sartre. Grüner sugiere que Aimé Césaire promovió este vínculo sin saberlo. A fines de la década de 1930 en París, el poeta martiniqués dio a conocer su concepto de negritud (*négritude*), mediante el cual afirmaba la existencia de una manera específicamente africana de escribir poesía. La negritud, en estos términos, es una forma de ser, de expresarse, que se resiste a ser traducida y colonizada por una cultura europea que se presenta falazmente como universal. El concepto, que algunos autores consideraron como una forma de racismo invertido, fue comprendido por Sartre como un argumento estratégico. Porque “la negritud”, precisa Grüner, “era una forma que el ‘Otro’ había encontrado para hablar ‘por sí mismo’ en el territorio enemigo y, sin embargo, seguir siendo completamente ‘él mismo’” (p. 36).

Sartre, explica el sociólogo argentino, instó a los europeos blancos a escuchar al poeta afrocaribeño a pesar de que éste no les estaba hablando a ellos, sino a sus pares, los colonizados. Comprensión del otro que los colonialistas no podían lograr, atrapados en las reglas su propio juego, el de un “universalismo” creado para que sólo lo puedan cumplir ellos mismos y no los otros, los colonizados: “los valores universales *abstractos se concretizan* en la ‘particularidad’ del racismo, la explotación justificada por la inferioridad del Otro (...) que es un ‘proyecto —y una proyección— de Uno” (p. 38). Razón por la cual Fanon, discípulo de Césaire, pidió a Sartre que redactara el prefacio a *Los condenados de la tierra* (1961).

Grüner destaca el uso que Fanon hace de la dialéctica hegeliano-marxista y toma como ejemplo el análisis desarrollado por el autor martiniqués en el capítulo “Argelia se quita el velo” (“L’Algérie se dévoile”), de *Sociología de una revolución* (1959), donde se despliegan de forma nítida los tres momentos del desarrollo dialéctico. El autor argentino rastrea, además, el concepto de negritud que Fanon lleva a sus últimas consecuencias políticas, situando su génesis en la Revolución Haitiana de 1804, la primera de América Latina y el Caribe, cuya Constitución, promulgada un año después, estableció que “todo ciudadano haitiano, independientemente del color de su piel, será conocido como... Negro (*nègre*)” (p. 44).

El tercer capítulo, que trata sobre la colonización y la violencia, describe como la opresión colonial, además de quitarle su ser al colonizado, le da un ser falso, obligándolo a disfrazarse de lo que no es. *Piel negra, máscaras blancas* (1952) es justamente el título del primer libro de Fanon. Esta pérdida de identidad, señala el sociólogo argentino, se funda en la violencia colonial y, por lo tanto, lejos de ser voluntaria, es forzada. Dicho en términos de Bolívar Echeverría, hay una exigencia de blanquitud, una exigencia de que el colonizado se comporte como si fuera blanco, sin importar cuál sea su color de piel².

Fanon relata en su primer libro que recién en París, siendo ya adulto, descubrió que era negro, cuando una niña, al verlo en la calle, le aviso a su madre en voz alta que acababa de ver a un negro. “[E]sa es la lógica profunda del racismo”, explica Grüner, “la operación de fetichización por la cual la parte, el detalle, la *contingencia*, ocupa el lugar del Todo, se hace *necesidad*” (p. 48). ¿Y qué lugar ocupan el colonialista y el colonizado en esta relación social? Según el autor argentino, el colonialista, por el mismo motivo que lo hace estar convencido de que la colonización beneficia al colonizado, está dispuesto a hacer todo lo que esté a su alcance para defender la situación colonial. Censura, tortura, genocidio: todo es hecho en defensa de la civilización. El racismo, de este modo —y dicho en los términos de E. P. Thompson³—, sirve al colonialista en la medida en que tiende a impedir la formación de una identidad común de intereses entre los colonizados, en abierta oposición a la identidad de intereses de los colonialistas.

Visto desde el otro extremo de la relación social colonial, el colonizado toma conciencia de su inferioridad al descubrir que sólo tiene un ser mediante el colonialista. Forma su identidad, dado la relación asimétrica de poder existente, en la inferioridad, en la desposesión, en una falta —tanto de blanquitud como de bienes—. Tal es la violencia fundante del racismo, afirma Grüner: “la de quitarle al sujeto la oportunidad de descubrir, de construir, comunitariamente, su propio ser, y en cambio hacerlo descubrirse a sí mismo en el ‘congelamiento’ originario de su falso ser” (p. 52), añadiendo que lograr salir de esta situación, si bien no es imposible, requiere de una segunda violencia, esta vez llevada adelante por el colonizado, que revierta la violencia originaria colonialista.

2 Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud* (Ciudad de México: Era, 2016), 58.

3 Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Madrid: Capitán Swing, 2012).

En el cuarto capítulo, que trata sobre el vínculo de Fanon con Karl Marx, el sociólogo argentino afirma que esta forma específica de violencia “es lo peor que el colonizador le ha hecho al colonizado: al despojarlo plenamente de su humanidad, lo ha obligado a ser violento” (p. 56). Violento no sólo contra el colonialista, sino también contra sí mismo, contra todo lo que ha aprendido desde que nació. El colonizado, de este modo, lucha por conquistar una humanidad plena y debe, en consecuencia, deshacerse de la relación colonial. Proceso entendido en el libro como una tragedia: el colonizado debe aceptar la violencia colonial que lo somete o intentar combatirla violentamente.

Ahora bien, no sólo el colonialismo, sino también el mundo contemporáneo es producto de esta violencia; hecho, observa Grüner, que Fanon aprendió de Marx, en particular del capítulo XXIV del tomo primero de *El capital*, donde se destaca a la expansión colonial y a la conquista como factores fundamentales de la génesis del capitalismo. Proceso en el que, como conceptualizó otro marxista afrocaribeño, Oliver C. Cox, surge la raza: una relación social que tiende a justificar la superexplotación de ciertas poblaciones y a dividir a las clases sociales⁴. En este sentido, Grüner hace énfasis en la importancia de no dejar de lado la lucha de clases en el estudio del capitalismo y señala que esta perspectiva es complementaria y articulable con otras, como la del sistema mundo, la teoría postcolonial y la decolonial. El estudio de la lucha de clases, en estos términos, no sólo permite el estudio de otras variables —como la raza o el género— y otras temáticas usualmente no asociadas a la problemática marxista —el autor pone de ejemplo el estudio del mercado y la circulación—, sino que también complejiza y otorga mayor profundidad al entendimiento del devenir histórico.

Grüner concluye recordándonos que, si bien las épocas cambian, si bien el entusiasmo revolucionario de la década de 1960 hoy se ha convertido en melancolía de izquierda, “la violencia, en cualquiera de sus variantes, es una constante de los sistemas de dominación” (p. 75). No verla ni tematizarla ni criticarla, lejos de ser un nuevo punto de vista superador de las teorías del pasado, sólo reafirma de forma larvada las relaciones sociales que hoy rigen el mundo capitalista.

4 Oliver C. Cox, *Caste, class, & race* (New York: Doubleday, 1948).

Publicado en el centenario de su nacimiento, el libro es un espléndido homenaje a Fanon. Por la excelente prosa a la que Grüner nos tiene acostumbrados y porque el texto, en sus constantes saltos y citas, nos hace recorrer buena parte del siglo XX. Ciertamente alguna consideración o comentario suscite en el lector el hecho de que una crítica a la academia se haga precisamente a través de una escritura y de referencias —de Theodor W. Adorno a Jacques Lacan— a las que sólo se tiene acceso hoy en día a través de la educación superior. Sin embargo, esta contradicción es parte del género de este tipo de textos, tan numerosos en la tradición marxista, en los cuales las diferencias con otras posturas se magnifican deliberadamente con fines retóricos. Consciente de ello, y de los peligros inmediatos que a veces conlleva este accionar —la crítica de E. P. Thompson a Louis Althusser, *Miseria de la teoría* (1981), afectó más al primero que al segundo⁵—, el autor argentino dedica posteriormente varias páginas a tratar de abrir el diálogo con otras corrientes académicas.

De este modo, *Frantz Fanon. La violencia de la tierra* —o el Fanon de Grüner, como lo denominan Diego Giller, María Pía López y Andrés Tzeiman en la nota que abre el libro— es un llamado de atención, ciertamente necesario, sobre la necesidad de pensar la violencia, la lucha de clases y la revolución desde el presente.

5 Perry Anderson, *Teoría, política e historia* (Madrid: Siglo XXI, 2014).